

Maurizio Ferraris

Posverdad y otros enigmas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Postverità et altri enigmi*
Traducción: Carlos Caranci Sáez

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2017 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Carlos Caranci Sáez, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-710-9
Depósito legal: M. 24.785-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo: Trompas de Trump
- 21 Primera disertación:
De lo posmoderno a la posverdad
 - 22 El siglo breve
 - 29 Desenmascaramiento
 - 34 Institución
 - 38 Liberalización
 - 45 Absolutización
 - 51 Verdad alternativa
 - 55 Idioteces
 - 58 Parida
 - 60 *Fashionable nonsense*
- 65 Segunda disertación:
Del capital a la docuemedialidad
 - 66 Revolución
 - 72 Absoluto
 - 76 Revelación
 - 79 De la tela a la red
 - 84 Documentos en lugar de mercancías
 - 87 Movilidad en lugar de trabajo
 - 92 Reconocimiento en lugar de sustento
 - 97 Autoafirmación en vez de alienación
 - 102 Atomización en lugar de clasificación
 - 108 Hacer la verdad

111	Tercera disertación: De la posverdad a la verdad
113	Hipoverdad
116	Hiperverdad
122	Mesoverdad
125	Ontología
129	Epistemología
134	Tecnología
142	Portadores de verdad
144	Hacedores de verdad
146	Enunciadores de verdad
151	Notas

Prólogo

Trompas de Trump

Sí, tienes razón. Todo lo que dices es correcto. Pero ¿dónde están los hechos?

Goebbels, tras un coloquio con Hitler,
Diarios, 28 de marzo de 1945

«El *New York Times* es pura propaganda», escribió Noam Chomsky el 20 de mayo de 2015. Y algo menos de dos años después, el 17 de febrero de 2017, Donald Trump tuiteó que las *fake news* (con el *New York Times* a la cabeza) «no son mi enemigo, son el enemigo del pueblo americano». Entre las dos posturas –aparentemente idénticas– hay una diferencia esencial. En su crítica al *New York Times*, Chomsky se comporta como Sócrates al enunciar un principio de corte ilustrado e idealista: la ciencia es la garantía de una verdad que nos hace libres (ilustración) y es desinteresada, es decir, está por encima de las partes y no se guía por intereses prácticos (idealismo). Por lo tanto, el científico es el guardián de la verdad, una posición desde la que puede juzgar las mentiras de los demás, como por ejemplo las de la prensa burguesa sometida a los intereses del capital y de la política imperialista. Lo que digo aquí no debe leerse en

un sentido irónico: estoy seguro de que es lo que piensa Chomsky.

Trump, en cambio, es la expresión de una parte de su país a la que él concibe como portadora de verdad, una verdad que no tiene nada que ver con la objetividad, sino que se refiere, más bien, a la solidaridad de un pueblo contra las maquinaciones de una élite que vende, como si fueran verdad, justicia y saber, los intereses, los prejuicios y los privilegios de los «grandes poderes» (un sintagma, este, que por lo general es invocado por presidentes, zares y otros marginados). De aquí surge la exigencia de una verdad alternativa, de una contraverdad, de una verdad verdadera —o sea, de una posverdad que sea elaborada y difundida por fuentes independientes: el Ministerio de la Verdad, las *Real News*, el canal impulsado por la nuera de Trump, Lara, y emitido desde la Torre Trump—. Estas son las trompas de Trump, desencadenantes del aguacero de la *Trump Truth*, la verdad de Trump, pero son instrumentos que funcionan también como altavoz para una verdad que, sin embargo —y esta es la novedad capital, que justifica el empleo del plural—, no es sino la primera línea de un concierto de miles de tuits y de posts, cada uno de ellos convencido de tener razón o por lo menos de manifestar, a través de su propia indignación, algo sacrosanto en donde, no obstante, son anunciados viejos fantasmas filosóficos: el alma bella, la ley del corazón, el delirio de la presunción, y sobre todo la tautología vacía del Yo = Yo.

Al contrario que muchos de los filósofos que vamos a tratar aquí, tengo el convencimiento de que la posverdad constituye un fenómeno lo suficientemente relevante como para dedicarle un libro. Y, a pesar de lo fuerte que

es la tentación de decir que siempre ha habido mentiras y engaños, y que la mentira es un ingrediente imprescindible de la política y de la vida, y que, por lo tanto, nada nuevo hay bajo el sol en relación a eso que se llama «posverdad»; a pesar de que se quiera ir al grano diciendo que –como mucho– basta con prestar atención a lo que se lee, así como se presta atención a lo que se come y a lo que se bebe, estoy convencido de que la posverdad es un concepto nuevo e importante, y que su emergencia (pues no es que alguien haya dicho, desde un despacho, «hoy vamos a inaugurar la posverdad») define algunas de las características esenciales de la opinión pública contemporánea.

Mi hipótesis de trabajo es, de hecho, que la posverdad es un objeto social real, como lo son la recesión o la plusvalía, que se ejerce sobre asuntos de interés público (no hay posverdades en las controversias privadas), que se manifiesta en la web, debiendo entenderse como la heredera de la opinión pública en el sentido que le imprime Habermas¹. Como cualquier otro objeto social, la posverdad se sustenta sobre caracteres metahistóricos y, en especial, sobre esa amalgama tan imperfecta llamada «humanidad», por naturaleza más inclinada a la estupidez que a la inteligencia². Su originalidad reside en la forma específica con que la debilidad humana se manifiesta hoy día: gente que ha dejado de creer en el Más Allá o en la brujería pero que está convencida de que las vacunas provocan autismo, y lo difunde no a través de un boca a boca limitado por definición, sino empleando medios de comunicación de una potencia infinita. Si esta es la situación, lo interesante de la posverdad no se restringe a su

realidad y a sus efectos políticos, sino que es también algo estrictamente teórico que nace del encuentro (interesante filosóficamente, aunque solo sea porque es inusual) entre una corriente filosófica, una época histórica y una innovación tecnológica. Es más, estoy seguro (y, obviamente, voy a intentar demostrarlo) de que lejos de ser un fenómeno obvio y marginal, o precozmente obsoleto, la posverdad nos ayuda a captar *la esencia de nuestra época*, así como el capitalismo constituyó la esencia del siglo XIX y principios del XX, y los medios de comunicación han sido la esencia de la madurez del siglo XX.

Debido a que en la vida es necesario disponer de modelos, este libro se divide en tres disertaciones (distintas entre sí en ritmo y estilo: la primera, historia de las ideas; la segunda, ontología social; la tercera, epistemología) al igual que lo hace *La genealogía de la moral*, obra capital del bisabuelo de la posverdad de quien yo, como tantos otros, he aprendido mucho: para empezar, que no es una buena idea repetir en 2017 cosas que se escribieron en 1887, como les gusta hacer a algunos de los filósofos que vamos a tratar. Y puesto que nunca hay suficientes modelos, mi título imita al de un célebre libro de Michael Dummett, *La verdad y otros enigmas*: estoy seguro, de hecho, de que la posverdad nos ofrece un camino preferente para poder aclarar algún que otro enigma, empezando por qué es lo que entendemos por «verdad».

La primera disertación defiende la conjunción entre lo posmoderno y la posverdad, tratando de demostrar que el primero es el antecedente ideológico de la segunda y que en lo posmoderno confluyen los temas de la revolu-

ción conservadora que, a partir del Romanticismo, se han propuesto como alternativas a la ciencia y a la racionalidad (¡atención! No estoy diciendo que la ciencia siempre tenga razón, o que la racionalidad tenga una única forma: lo que digo es que, mediante la exaltación de la irracionalidad, lo falso y la voluntad de poder, no se conseguirá mejorar la condición humana. Parece muy fácil de entender, pero existen legiones de filósofos y no filósofos que se han criado creyendo lo contrario).

Tras esta premisa histórica expondré mi tesis teórica, o sea, que la posverdad es la inflación, la difusión y la liberalización de lo posmoderno más allá de las aulas de la universidad y de las bibliotecas, y cuyo logro es el absolutismo de la razón del más fuerte. Se trata por lo tanto de un fenómeno teóricamente interesante que encuentra un único posible equivalente en el marxismo, el cual, con todo, constituía un corpus más homogéneo sostenido además por potentes aparatos estatales. Nadie envió a Kellyanne Conway, asesora de Trump y onomatúrga de la «verdad alternativa», a estudiar a alguna Alta Escuela de Posmodernismo y Posverdad; bastó con que fuera a universidades en las que se sostenía que la verdad no es sino una antigua metáfora, que el medio cuenta más que el mensaje y que, para ser democráticos de verdad, es necesario sostener simultáneamente tanto la tesis que dice que los amerindios llegaron desde Asia atravesando el estrecho de Bering como la que dice que los amerindios, tal y como postulan sus tradiciones, surgieron de las vísceras de la tierra³.

Téngase en cuenta que cuando digo «posmoderno» me refiero a un movimiento filosófico importante, pro-

bablemente el más influyente de la segunda mitad del siglo XX, del mismo modo que, en la primera mitad de ese siglo, la principal fuerza innovadora fue la filosofía analítica. Como todo movimiento, cuenta con grandes personalidades así como con otros intérpretes, menores o mínimos, que añaden poco pero quitan mucho, y generan una escolástica. Las principales figuras, evidentemente, se pueden equivocar, pero tienen la capacidad de autocorregirse, como les pasó a Rorty⁴ y a Foucault⁵, mientras que las figuras menores perseveran en el error y lo multiplican. Los grandes, sobre todo, aportan instrumentos que van mucho más allá de las contingencias históricas.

Este último es el caso, en mi opinión, de Derrida, que no ha sido solo el pensador de la deconstrucción, y por lo tanto el origen de toda una turba estereotipada de imitadores, sino también el pensador de la omnipresencia de la escritura en el mundo social y de la verdad entendida como algo que no se recibe pasivamente sino que se hace. Sin él, en definitiva, me habría faltado algo de la *pars destruens* de este libro, pero no habría podido concebir absolutamente nada de la *pars construens*.

Si la primera disertación describe el periplo que va desde lo posmoderno a la posverdad, la segunda analiza el paso del capital a la documedialidad, neologismo con el que designo el medio técnico que hizo posible la posverdad: la unión entre la fuerza normativa de los documentos y la penetración de los medios de comunicación de la era de internet. La idea es simple: tradicionalmente, para difundir una doctrina cualquiera hacía falta pro-

selitismo. Eran necesarias escuelas cuya organización era muy costosa, un personal dedicado, actividades recreativas, hábitos determinados, distinciones jerárquicas, oficinas políticas, estructuras propagandísticas y, sobre todo, mucha coacción.

Pero desde hace veinte años, y con una eficacia y una potencia que van en aumento, ya no hace falta nada de eso. Con un móvil en la mano cualquiera puede difundir *urbi et orbi* sus propias opiniones, un poco como hace tiempo, con el mando a distancia, se podían afirmar los propios gustos. Pero aquí el sentimiento de omnipotencia es mayor, y no resultará extraño que las más de las veces las opiniones se acaben decantando por una intuición de fondo a la que el posmodernismo ha otorgado una garantía filosófica: la razón del más fuerte es siempre la mejor; gracias a un buen abogado O. J. Simpson está de nuevo en la calle, y la ceremonia de investidura de Trump ha sido la de mayor afluencia de gente de la historia americana.

A esta revolución documerial no se le han tomado aún las medidas, y lo demuestra el hecho de que buena parte de la crítica social tiende a localizar el origen de todos los males en entidades ocultas, de naturaleza ya casi mitológica, como por ejemplo el capital, sin tomar en consideración la hipótesis de que pueden estar hablando de una era que ha concluido desde hace ya tiempo y que puede que sea necesario deducir sus conclusiones, aquí también, actualizando las categorías fundamentales con las que solemos leer la realidad social.

En primer lugar reconociendo que, en los últimos dos siglos, en las sociedades tecnológicamente avanzadas no

hemos asistido a un despliegue uniforme del capitalismo (ya sea interpretado como un triunfo, ya sea como una crisis, pero en cualquier caso como un fenómeno que está en proceso), sino a la sucesión de tres formas de organización técnica y social: el Capital, la Medialidad (término con el que indico el sistema de los medios de comunicación del siglo pasado) y, actualmente, la Documедialidad.

Y en segundo lugar poniendo de relieve que todas las categorías del capital han sido sustituidas por otras. Las mercancías, sobre las que Marx construyó su análisis, ahora han sido sustituidas por los documentos (que pueden convertirse en vehículos de la posverdad); el trabajo retribuido, carácter fundamental de la ontología marxiana, ha dejado su sitio a una movilización no retribuida, a una ingente producción gratuita de mensajes verdaderos, posverdaderos y, las más de las veces, irrelevantes. Además, en la base de esta actividad ya no se ubica, como en la edad del capital, la subsistencia, sino, más bien, el deseo de reconocimiento, que a su vez no se presenta como una alienación típica de nuestro tiempo, sino como una afirmación de la propia personalidad (lo cual, obviamente, no se puede decir que sea algo positivo). *Last but not least*, superada ya la era de las masas y de sus rebeliones, como se solía definir a la modernidad, la documедialidad está constituida por un plancton que está disperso en el océano de internet y se compone de pequeñas tribus o de individuos aislados, cada uno portador de sus propias convicciones y, sobre todo, de la convicción fundamental (y que vacía a la noción de «clase») según la cual «uno vale uno».

Por fin, la tercera disertación propone un remedio contra la posverdad que no está configurado como un regreso al orden (como si hubiese habido alguna vez un orden que no fuera, en sí, necesariamente malvado), sino como una teoría progresiva de la verdad. Este remedio tiene su punto de partida en la constatación de las insuficiencias de las teorías de la verdad, tanto la hermenéutica (a la que designo como «hipoverdad», puesto que trata a la verdad como el resultado simple de unos esquemas conceptuales más o menos arbitrarios) cuanto la analítica (a la que también designo como «hiperverdad», pues identifica «verdad» con «realidad»: si la nieve es blanca, entonces es verdad que la nieve es blanca, y sería verdad también si no hubiese ni un ser humano sobre la faz de la tierra que lo pudiera constatar).

En estas páginas introductorias han aparecido ya los defectos de la hipoverdad. Los de la hiperverdad son menos evidentes pero están ahí, y no se reducen a un lamento del alma contra la falta de corazón de los analíticos. Al pensar la verdad como algo que es independiente de los procesos de descubrimiento, comprobación y justificación, la hiperverdad no es capaz de dar cuenta de los procesos por medio de los cuales se llega a la posverdad, y por lo tanto no es capaz de ofrecer soluciones y alternativas. El límite esencial tanto de la hipoverdad como de la hiperverdad consiste, de hecho, en concebir a la verdad como una relación de dos: la epistemología (lo que sabemos) y la ontología (lo que hay). Para los hermenéuticos, lo que sabemos, o que creemos saber, equivale a lo que hay; para los analíticos, lo que hay es lo que sabemos.

Por eso propongo la alternativa de la «mesoverdad», entendida no como un camino intermedio entre hipo e hiperverdad, sino, más bien, como una perspectiva que valora el medio tecnológico que relaciona entre sí la ontología y la epistemología. La mesoverdad es, en efecto, una relación de tres que comprende a la ontología, a la epistemología y a *la tecnología*. Esta última es la que es obra nuestra y la que, garantizando el tránsito desde la ontología hasta la epistemología, nos permite obtener proposiciones verdaderas, o sea, nos permite *hacer la verdad*.

Sin olvidar, evidentemente, un punto crucial: incluso teorías de la verdad mucho mejores que la mía no lograrán impedir que nadie mienta si así lo desea, o si lo considera oportuno. Se trata, como sabemos, de una gran libertad, tal vez de la única característica específica del ser humano. Nada le añadiremos a esa libertad de mentir; es más, le quitaremos algo si pretendemos afirmar que se trata de algo inevitable, pues la verdad no es sino una antigua mentira.

Una primera exposición de mis tesis tuvo lugar en «La verità sulla post-verità», en *Robinson*, suplemento literario de *La Repubblica* del 30 de abril de 2017 (en donde yo defendía la validez del concepto mientras que Alessandro Baricco la negaba). Quiero dar las gracias a Valentina Desalvo, responsable del suplemento, quien ideó y acogió el debate.

He debatido, además, versiones preliminares de este libro en dos convenciones organizadas en París en el marco de la iniciativa de investigación *Documédialité*,

de la que soy el responsable en el Collège d'études mondiales: *Vérité et post-vérité au temps du Web*, Collège des Bernardins, el 9 de marzo de 2017, y *Post-truth, Web, Democracy*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, el 24 de mayo de 2017. Todo mi agradecimiento para Olivier Bouin, Sara Guindani y el padre Frédéric Louzeau, que plantearon estos encuentros y los hicieron posibles, así como a los participantes que los animaron: Emanuele Alloa, Jocelyn Benoist, Paul Boghossian, Chiara Cappelletto, Jacopo Domenicucci, Milad Douehi, Pascal Engel, Juliet Floyd, Michaël Foessel, Stéphan-Eloïse Gras, James Katz, Diego Marconi, Julian Nida-Rümelin, John R. Searle, Bernard Stiegler y Enrico Terrone.

Más presentaciones de las tesis principales de este libro tuvieron lugar (además de, como siempre, en el Laboratorio di Ontologia de la Universidad de Turín) en conferencias y seminarios que hubo durante la primera mitad del año 2017 en las siguientes instituciones: Boston University, Indiana University (Bloomington), Albert-Ludwigs-Universität Freiburg, Slough Art Gallery (Filadelfia), Data & Society Research Institute (Nueva York), Beijing Normal University, Université Laval (Quebec), Hochschule Düsseldorf, Universidad de Rijeka, Universidad de Sofía, Conservatoire national des arts et métiers (París). Doy las gracias a los invitados y a los interlocutores de aquellos encuentros: Sanja y Petar Bojanić, Danah Boyd, Finn Brunton, Roby Caplan, Ronald Day, Jessica Feldman, Günter Figal, Juliet Floyd, Alexander Galloway, Alexander Kanev, Hyun Kang Kim, James Katz, Thobias Matzner, Madeleine Pastine-

lli, Jean-Michel Rabaté, Martin Scherzinger, Claire Scopsi, Marta Severo, Sushana Seth y Bendert Zevenberger.

Una muestra especial de gratitud la dirijo a Tiziana Andina, Elisabetta Brizio, Stefano Caputo, Angela Condello, Jacopo Domenicucci, Anna Donise, Giacomo Ferraris, Elisabetta Scarpa y Enrico Terrone, que han tenido la paciencia y la amabilidad de leer el manuscrito y de prodigarse en sugerencias, críticas y mejoras.

Primera disertación

De lo posmoderno a la posverdad

¿De dónde viene la posverdad? Pues de mucho tiempo atrás, de la filosofía. Lo mencionaba en el prólogo: la posverdad es el fruto, tal vez corrupto, de lo posmoderno; se ha producido un debilitamiento de las «grandes narraciones»¹ que justificaban el saber, el cual hoy se ha convertido en una institución como cualquier otra. A su vez, como veremos, lo posmoderno es la longitud de onda de la «crisis de las ciencias europeas», analizada por Husserl en la década de 1930, y de un débil arraigo de la modernidad (que gobierna nuestras acciones del mismo modo en que lo hace la razón: o sea, mucho menos de lo que se pudiera creer) que culmina en lo posmoderno.

Lo posmoderno era la síntesis de cuatro *idola* muy influyentes en la filosofía después de Kant. Para empezar, los *idola tribus*, que deben entenderse en este caso como los brillos que deslumbran y ciegan a la tribu filosófica, y que

por entonces se podían resumir en: la realidad no existe, existe solo el lenguaje con el que la describimos. Luego estaban los *idola specus*, los brillos cegadores de la caverna: educados en el respeto a la verdad en tanto que elemento imprescindible de toda formación humanista o científica, los posmodernos quedaban fascinados por lo opuesto, a saber, por la potencia de lo falso. Luego estaban los *idola fori*, los brillos cegadores de la plaza pública y de su lenguaje, para los que lo «realista» es entendido por lo general como «partidario de una *Realpolitik*, y por lo tanto, reaccionario» (mientras que –y la situación actual lo demuestra de una manera inmejorable– lo que es verdad es claramente lo contrario). Por último, estaban los *idola theatri*, los prejuicios de las filosofías del pasado. Entre estos últimos el más seductor era el principio de Nietzsche que reza que «no existen los hechos, solo las interpretaciones»². Frase poderosa y prometedorra porque premiaba la más bella de las ilusiones: la de tener siempre razón, en cualquier circunstancia e independientemente de que la historia o la experiencia lo pudieran desmentir.

El siglo breve

Las trompas de Trump, así, nos remiten a una vieja historia cuyo héroe principal es un filósofo del siglo XIX. No hay de qué sorprenderse. Si en el ámbito político el siglo XX ha sido definido como «el siglo breve», en el terreno filosófico se ha revelado como un siglo interminable. Comienza en 1889, año en el que Nietzsche enloque-

ce y nacen Wittgenstein y Heidegger (además de Hitler), y es un siglo que elabora dos prolíficos y creativos estilos filosóficos que parecen, no obstante, desde hace algunas décadas, abocados a repetirse.

Por un lado tenemos a los herederos de Nietzsche y de Heidegger, a los que se les suele conocer como «continentales», pero a los que podríamos definir más correctamente como «hermenéuticos», y que conciben su tarea filosófica como una crítica apasionada y a veces encarnizada –como la que se le dedica a los adversarios políticos– contra el Poder, el Capital, el Inconsciente, la Alienación o la Metafísica.

Por otro lado tenemos a los herederos de Wittgenstein y de Russell, es decir, a los analíticos, quienes abandonan el radicalismo de sus inicios y desarrollan, más que ideas vacías, como se ha llegado a decir con demasiada severidad³, ideas poco relevantes (o que han sido convertidas en poco relevantes) o poco comprensibles (o que han sido convertidas en poco comprensibles) para quien no pertenezca al círculo analítico⁴.

La actitud en relación con la posverdad, desde este punto de vista, es ejemplar. No cabe duda –o así espero demostrarlo de forma persuasiva en las páginas que siguen– de que lo que se conoce como «posverdad» no es sino la popularización del principio fundamental de lo posmoderno (es decir, la versión más radical de la hermenéutica), según el cual «no existen los hechos, solo las interpretaciones». Esto no significa, evidentemente, que en todo «postruista» (con este término propongo denominar al teórico o a quien practica la posverdad) haya un filósofo posmoderno: sería un honor demasiado elevado.

Simplemente, lejos de haber introducido los efectos emancipadores que se esperaban de ella, la hermenéutica se ha hecho involuntariamente cómplice de presidentes impresentables, de los enemigos de las vacunas y de populistas informáticos. No obstante, es curioso que mientras un gran número de libros, ensayos y artículos de sociología y de teoría de la comunicación afrontan el asunto⁵, en el campo filosófico, en cambio, los posmodernos recusan toda posible parentela con la posverdad y, es más (para no equivocarse), ponen en duda su existencia o su importancia, lamentan lo inapropiado del término o su abuso y pretenden que se prohíba su empleo argumentando que siempre ha habido posverdad (independientemente de las teorías posmodernas, a las que jamás se les habría ocurrido sugerir que se dijera adiós a la verdad) y que por lo tanto no se entiende cuál es la novedad de este asunto⁶.

Aún más insólita es, sin embargo, la actitud de los analíticos. Si bien la posverdad constituye un fenómeno relevante y potencialmente devastador (¿qué clase de mundo o, simplemente, qué clase de democracia podría ser aquella en la que fuera aceptada la regla de que «no existen los hechos, solo las interpretaciones»?) y, por si fuera poco, imputable sin esfuerzo a sus adversarios históricos, por lo general los analíticos o bien no se interesan por la posverdad, considerándola un asunto no filosófico, o bien se limitan a verla como un error banal, como la infracción cometida por incompetentes o malintencionados de una antigua y estimable noción de verdad, la que Aristóteles anunció con la frase «Decir de lo que es que es, y de lo que no es que no es, es verdadero»⁷, y

que en el siglo pasado fue reiterada por el lógico polaco Alfred Tarski⁸ con la tesis de que «La proposición “la nieve es blanca” es verdadera solo si la nieve es blanca».

Un asunto que parece claro como la luz del sol y dócil como un perro (el perro de un ilustre filósofo analítico, John Searle, se llama a propósito «Tarski»). La posverdad, así, sería poco más que un capricho parisino, un pedazo de *French Theory* trasplantado a la Casa Blanca, y los nexos entre verdad, posverdad y poder derivarían de simples errores cometidos por filósofos diletantes e ignorantes (así les gusta a los analíticos considerar a los hermenéuticos). En definitiva, tanto ruido para nada, y sin tener en cuenta que, si de verdad la nada pudiese hacer tanto ruido, los profesores formarían la categoría más estrepitosa del universo.

Y, con todo, hubo ciertos posmodernos (o sea, repito, los adversarios históricos de los analíticos) que entendieron que la pretensión de sostener que la nieve es blanca si es blanca era la extrema astucia de la voluntad de poder o del capital. Y algunos postruistas, cazándolo al vuelo, rebautizaron las mentiras como «verdades alternativas». Si los posmodernos habían montado la escena, cerrando luego los ojos ante los problemas que había causado haberle dicho adiós a la verdad, los analíticos, por su parte, con su flema un poco amanerada, cometieron un error fundamental que consistió en no pensar en que –como sostienen los hermenéuticos, que al respecto tienen razón de sobra– los problemas filosóficos tienen su origen en el mundo, no en seminarios y en artículos publicados en revistas de grupo A, y en que es muy probable que el mundo esté lleno de imbéciles (entre los